



# MAMBA NEGRA

EL CLAN DE LAS SERPIENTES

STEFFANY KENNELS

Multiverso 

La joven y letal lugarteniente Ayshane Ivanova, heredera legítima de la Yakuza japonesa en España e hija de Eduard Ivanov, el capo de la organización criminal rusa más peligrosa del país, se verá obligada a pedir ayuda a aquellos de los que siempre había rehuído.

Sola y oculta entre las sombras de un mundo que hasta los demonios más oscuros preferían evitar, Ayshane sabía que no acabaría con la organización que la vio nacer. Salvo que tentara a aquellos cuyo honor era inquebrantable para dar caza a su mayor enemigo, y quien mejor que Erick Román, Inspector Jefe de un trío de agentes de élite de la policía.

Arrastrados por Ayshane, Erick y sus agentes se verán envueltos en un infierno sin ser conscientes que no solo están poniendo en riesgo sus vidas sino también, la integridad de sus corazones.

Mamba Negra: El Clan de las Serpientes

© Steffany Kennels

© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso. 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1986717656

Depósito legal: CA-302 2018

Printed in Spain

Primera edición: abril, 2018

[www.multiversoeditorial.com](http://www.multiversoeditorial.com)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Fuiste mi luz en mis momentos más oscuros y de nuevo,  
debo aprender a caminar sola pero cuando miro al cielo  
sonrió porque sé que a pesar de la distancia, seguimos re-  
corriendo el camino juntas.

## 1

Tumbada en una hamaca bajo el sol, boca abajo, con los ojos cerrados, Ayshane, Ash, como la llamaban en su círculo más cercano, disfrutaba de la playa de arena blanca en Mil Palmeras.

Se trasladaba allí solo cuando necesitaba desaparecer. Por lo general, era un lugar tranquilo. Una urbanización explotada durante los meses estivales que el resto del año se convertía en un agradable paréntesis de paz. La temperatura era tan estable a lo largo del año que se podía disfrutar de la playa en pleno mes de noviembre y el microclima, más propio de las Islas Canarias que de la costa mediterránea.

*Bip, Bip.*

Estiró el brazo y rebuscó a tientas el móvil en su pequeña bolsa de playa. Lo encontró bajo el aceite, el pareo y el libro que se había llevado.

—Hora de trabajar —suspiró tras leer el mensaje y se incorporó en la hamaca.

Se desperezó como un gato, se puso el pareo y se acercó a la zona de la orilla marcada con boyas amarillas, señal que indicaba a los nulos bañistas que había en esa época que aquel espacio estaba habilitado para el acceso a pequeñas embarcaciones.

Se colocó la bolsa de playa como si fuera una mochila y esperó a que la moto que venía a buscarla se acercara todo lo que pudiera. Para salvar la corta distancia que la separaba del joven, se adentró en el templado Mediterráneo has-

ta que el agua le llegó a la mitad de sus torneados muslos. El pareo flotaba mecido por las olas como una medusa a la deriva y, para que no se enredase con las hélices, se lo recogió. El piloto le ofreció un salvavidas y se lo colocó.

—Gracias.

Se abrochó con avidez y, agarrándose al hombro del muchacho, se subió a la Yamaha, entrelazó los brazos a la cintura del joven y dejó que la llevase al barco que los esperaba en alta mar, lejos de mirones, allí desde donde los grandes navíos parecían simples gotas de barro resacas en una ventana.

Subió la escalerilla del yate. Una vez arriba, le entregó el chaleco salvavidas, el pareo mojado y la bolsa de playa a Sergei, el mayordomo que, a su vez, hacía las veces de patrón de aquella lujosa embarcación.

—El Señor Ivanov la espera en su despacho.

Tras una leve reverencia, el hombre se marchó con sus pertenencias y la dejó sola en la cubierta. Ayshane se dio media vuelta y comprobó que la escalerilla seguía bajada para que el piloto de la moto pudiese subir, así que se dirigió a su camarote para darse una ducha rápida. Cuando entró, vio su bolsa de playa colocada a la perfección sobre el suelo, al lado de la cama Queen que había en el centro.

—Por dónde narices ha venido...

Cerró la puerta tras de sí mirando hacia todos lados, como si esperase que Sergei saliera del vestidor o del cuarto de baño.

Aquel hombre era tan rápido como eficiente. Se encogió de hombros, lanzó las chanclas con los pies por la habita-

ción como una niña pequeña y se dirigió hacia el baño de su camarote.

Aquel yate era toda una maravilla de la náutica y la ostentación. Los suelos eran de madera de roble tratado. El camarote de invitados, su camarote, tenía al menos treinta metros cuadrados y un armario vestidor casi tan grande como el baño con el que comunicaba. El suelo estaba fabricado con algún material parecido al mármol pero del mismo color que la madera de la habitación. La bañera, inmensa y con capacidad para dos personas, contaba con una ducha independiente.

Abrió el grifo de la ducha. Mientras el agua se calentaba, se recogió la larga melena negra en un moño despeinado, se desnudó y se metió bajo el chorro de agua caliente.

Diez minutos después, descalza, vestida con unos pantalones cortos color rojo cereza y una camiseta de tirantes blanca se dirigió al despacho que había bajo cubierta, al otro lado del pasillo donde estaba su camarote.

*Toc, Toc, Toc*

—Adelante —se escuchó al otro lado de la puerta.

—¿Me estaba esperando? —asomó la cabeza antes de cruzar el umbral.

—Pasa y siéntate —respondió sin levantar la vista al frente.

Entró cerrando la puerta tras de sí, atravesó el despacho y se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa de madera donde el señor Ivanov revisaba unos documentos. Cuando terminó, la miró.

Ivanov sonrió con esa característica mueca entre el afecto y el atractivo de los hombres de su estirpe. Medía casi un metro noventa y tenía el porte de un caballero conquistador, unas facciones en absoluto envejecidas por la edad, el pelo plateado peinado hacia atrás y los ojos color pardo. A pesar de sus cincuenta y ocho años, Eduard Ivanov seguía siendo un auténtico galán cuya presencia no pasaba desapercibida ni para los hombres, que veían en él no sólo un competidor masculino sino uno de los tiburones más peligroso del océano, ni para las mujeres, capaces de hacer cualquier barbaridad con tal de convertirse en la nueva señora Ivanov. Un título ya descartado para el corazón de aquel hombre conocedor de su atractivo.

—¿Te apetece tomar algo?

Se levantó y rodeó la mesa del despacho en dirección al mueble bar que había al lado del ojo de buey de aquel camarote sin esperar una respuesta.

—Agua, por favor.

—En los últimos seis meses, has pasado por aquí ya unas cuatro veces —dijo mientras se servía un par de dedos de The Macallan.

—¿Hay algún problema con eso?

Eduard se dio la vuelta con su vaso de whisky en una mano y una botella de agua Bling H2O en la otra.

—En absoluto. —Se acercó a ella y le tendió el agua—. Sabes que siempre eres bien recibida. —Le recogió con dulzura un mechón de pelo rebelde que se le había salido de su moño despeinado—. Es solo que me preocupa. —Siguió su camino hasta la gran silla de cuero marrón tras la mesa y se acomodó en ella.

—Ya sabes cómo funciona esto. —Se encogió de hombros quitándole importancia al asunto—. Cuanto más cerca estas del objetivo... —Dio un sorbo a la botella de agua.

Eduard movió con la mano el vaso de whisky y bebió sin dejar de mirarla, pensativo. El líquido ambarino lamió el cristal dejando pequeñas lágrimas en las partes más altas del vaso.

—Es hora de buscar nuevos agentes.

—¿Cómo? —Tosió, casi se atraganta. Se limpió con el dorso de la mano los labios—. ¿A qué te refieres con buscar nuevos agentes? —Arqueó una ceja contrariada.

—A que me parece contraproducente que lleves tú sola el peso de toda la operación. —Dio un sorbo a su whisky, se reclinó en el asiento y colocó los talones encima de la mesa.

—Nunca había sido un problema hasta ahora —replicó arrellanándose en el sofá—. Soy la mejor. —Le desafió con la mirada—. Fui entrenada por la mejor y trabajo mejor sola.

—Eso... no es del todo cierto. —Empezó a mover de nuevo la copa en su mano—. Las circunstancias te han hecho trabajar en solitario, pero no siempre ha sido así.

Pensó con detenimiento en sus palabras. Hasta hacía cinco años controlaba un comando de más de trescientos hombres y mujeres. Tenía muy buena relación con todos ellos a pesar de su mano dura, y aunque en realidad nunca había necesitado ayuda para salir de ninguna situación complicada, se sentía bien sabiendo que contaba con un buen respaldo.

—No podemos confiar en nadie más.

En realidad, no quería trabajar con nadie más. Aquella era su guerra, y nadie más tenía derecho a formar parte de ella.

—Ayshane... Mi apreciado y querido *rebenok*. —Suspiró, se incorporó en la silla y apoyó los codos sobre la mesa—. Bebé. —Tendió una mano y esperó a que ella le ofreciera la suya—. Me recuerdas tanto a tu madre... —Le acarició con un pulgar el dorso de la mano—. Tan dura, tan fría... Pero ambos sabemos que eso es sólo una fachada. —Sonrió esperanzado con la mirada perdida en algún lugar muy lejos de allí.

—*Otets*... —Aishane dejó escapar como un suspiro entre sus labios.

Sabía que su padre ya había tomado una decisión y que nada de lo que dijera le haría cambiar de opinión. Siempre que recurría al recuerdo de su madre significaba que las cosas se harían a su manera.

Acostumbrado a mandar, parecía no haberse dado cuenta todavía que aquello era una sociedad de dos, que solo se tenían el uno al otro. Pero aquella vez no iba a salirse con la suya. Estaba decidida a hacer las cosas a su manera. Había perdido a su madre y también había estado a punto de perderle a él cuando, cinco años atrás, tuvo que simular su muerte como única posibilidad para que su padre, su *otets*, la Anaconda Ivanov, como sus enemigos le conocían, siguiese con vida.

No quería volver a pasar por lo mismo. Demasiado doloroso, demasiado real, demasiados recuerdos espinosos, demasiadas heridas sin cicatrizar.

—Eres un viejo zorro, pero esta vez no pienso pasar por tu aro. —Se levantó con intención de marcharse—. Mi guerra, mis normas —dijo en dirección a la puerta.

—Nuestra guerra, Ayshane... Nuestra guerra.

Ayshane se detuvo frente a la puerta. Su padre tenía razón. En ocasiones olvidaba que aquella también era su guerra. Ella había perdido una madre, pero él había perdido a la única mujer que le había marcado hasta el punto de no ser capaz de rehacer su vida.

—¿En quién estás pensando? —Dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró sin darse la vuelta.

Ya lo había vuelto a hacer. De nuevo, se había salido con la suya.

—En un equipo de élite. Alguien a tu altura, que no necesite demasiado entrenamiento, algo... que solo tengas que pulir.

Ayshane volvió sobre sus talones poniendo los ojos en blanco y exhalando con teatralidad. Se sentó en la silla de nuevo y empezó a morderse el interior del labio arrugando la boca.

—En esta carpeta tienes todos los datos de los tres agentes. —Arrastró sobre la mesa hacia ella una carpeta amarilla.

Ayshane frunció el ceño y abrió la carpeta. De manera casi automática, los ojos se le fueron a la fotografía tamaño carnet que había en la esquina derecha del papel. Sin pararse a leer ningún dato, la cerró y la tiró de mala gana sobre la mesa.

—Negativo. No pienso trabajar con pitufos, y mucho menos con éstos.

—Ayshane...

—No, otets. —Se acomodó en el respaldo y se cruzó de piernas y brazos—. La policía española es tanto o más corrupta que la rusa. No pienso poner nuestras vidas en manos de una mafia con placa, antes prefiero ponerla en manos de Taiyo.

Eduard se removi6 inc6modo en su silla de cuero marr6n al escuchar el nombre de su segundo suegro.

—No digas estupideces —gru6o entre dientes—. Acabariamos todos muertos.

—Es posible. —Se encogió de hombros—. Pero por lo menos sabriamos cu6ndo, c6mo, por qu6 y por qui6n —argument6 asumiendo un desenlace macabro.

A ella no le daba miedo morir. Era algo natural, todo el mundo debia pasar por ello. Puestos a elegir, preferia decidir c6mo y cu6ndo que agonizar en una cama presa de una enfermedad o con el paso de los a6os.

Eduard suspir6. Se apoy6 sobre la mesa y meti6 la cabeza entre las manos. Se frot6 varias veces la cara, coloc6 las manos a ambos lados de la sien y mir6 a su hija a trav6s de sus pesta6as.

—Esto no es una negociaci6n, *rebenok*. —Antes de que pudiese replicar, prosigui6—. S6lo los 6rboles con las raices m6s profundas son capaces de aguantar los huracanes sin ser arrancados de cuajo.

Ayshane entrecerró los ojos y se mordisqueó el interior del labio antes de contestar. Era posible que su padre tuviese razón. Adrik tenía contactos en todas partes, y parte de la policía operaba para él a cambio de un generoso sobresueldo.

—¿Por qué estos? —Volvió a coger la carpeta, la abrió y pasó la yema de sus dedos por la foto del agente.

—Me consta que no se venden.

—¿Estás seguro? —preguntó con mirada inquisitiva.

—Completamente —añadió apuntándola un segundo con los dos dedos índices entrelazados—. Román, el inspector jefe al cargo, trabajó durante muchos años en el operativo que intentó encarcelarme.

Ayshane recordaba aquel operativo a la perfección. Por aquel entonces, su padre era cabecilla principal de la *bratva* Ivanov. Y tanto su madre como ella misma, su lugarteniente, se encargaban de la seguridad de Eduard y lograron dismantelar la Operación Cabeza de Familia antes de que los pillasen.

Cuando ejecutaron el operativo contra la que había sido su familia, Ayshane llevaba dos años vigilando al agente Erick Román a petición de su madre. Aquel asedio fue posible gracias a los informadores que tenían en el Cuerpo. Pero estuvieron muy cerca. Demasiado. Tanto que aquello se llevó por delante a su madre y la convirtió en la lugarteniente de su padre. Con el tiempo, descubrieron que los agentes habían sido utilizados por Víctor, uno de los comisarios a sueldo de Adrik, su hermanastro.

Adrik quería el control de la *bratva*, pero sobre todo, la quería a ella como jefe de seguridad, como lugarteniente y,

en su mente retorcida y enferma, como su amante.

Ayshane se prometió entonces acabar con la vida de todos aquellos que habían orquestado la muerte de su madre, y sí, también la de quienes les habían obligado a simular la de su padre y a utilizar de manera precipitada el complot de la resurrección. Investigó a los agentes que habían intervenido, pero su arduo trabajo solo la llevó a descubrir que habían intentado cargar el muerto al grupo liderado por el inspector jefe Erick Román.

Podía ser que ella fuese una asesina, pero tras cada muerte había siempre un motivo; bueno o malo, asumible o no, era un motivo al fin y al cabo. No podía ir en contra de los agentes que habían sido utilizados como cabezas de turco por los secuaces de su hermanastro.

Durante los meses que duró su investigación, destapó la auténtica realidad: Adrik los había vendido, los había traicionado con el fin de eliminar a su propio padre y hacerse con el control de todo. Y lo más importante, Adrik había disparado a su madre. Por la espalda. El simple hecho de intentar matarla ya era una traición imperdonable, pero acabar con ella de esa manera... Se merecía un castigo cruel. Que Ayshane fuese una Ivanov no la volvía menos Yakuza. Si algo le había enseñado su madre era castigar a alguien de manera que jamás lo olvidase. No dejaría que Adrik viviese lo suficiente como para comprobarlo.

—Debí acabar con él cuando tuve oportunidad —siseó apretando los puños, presa de sus recuerdos.

—Por aquel entonces Adrik ya contaba con suficientes apoyos. Por eso necesitas un equipo. Yo puedo facilitarte los medios, tú sola no podrás con él. Es la serpiente que se alimenta de las serpientes.

En eso a su padre no podía llevarle la contraria. Adrik era conocido como la Cobra Real. Cruel, despiadado y capaz de hacer que sus homólogos le temiesen con tan solo escuchar su nombre.

La *bratva* Ivanov nunca había sido tan temida como lo estaba siendo bajo el yugo de su hermanastro. Al igual que el animal con el que se le identificaba, Adrik había acabado con el resto de las mafias que habían llegado a España con la intención de hacer de ésta su particular patio de recreo. El era el único dueño y señor de aquel territorio. Nadie osaba desafiarle, nadie intentaba hacer negocios en territorio Ivanov.

Solo había una más fuerte, temida incluso por la Cobra Real, la Yakuza japonesa. Pero nunca contarían con el respaldo de su abuelo Taiyo, no cuando su madre había sido asesinada por su hijastro. Eso sólo serviría para romper los finos lazos que aliaban a ambas mafias, y Adrik no era estúpido. No le convenía tener a la Yakuza husmeando en su terreno, pero tampoco sabía que su abuelo estaba al tanto de todo y se mantenía al margen del acuerdo al que había llegado con su padre. Si Taiyo llegaba a la conclusión de que no eran capaces de hacerse de nuevo con el control y vengar la muerte de la hija predilecta del cabecilla del clan más cruel y sangriento, los matarían. A todos. Sin distinción. Eduard, Adrik, Elenka, todos acabarían muertos. La única manera de no acabar en una reunión familiar en el panteón Ivanov era que ella y su padre se hicieran cargo del asunto. Mantener al margen a la Yakuza por el momento y, si acaso, entregarles a Adrik o lo que quedase de él en una bandeja de plata tal y como habían acordado. Eso sí podría salvarles la vida o, por lo menos, negociar una muerte digna.